

afirmaciones católicas y varias de las negaciones racionalistas ; y porque en vez de ser escuelas contradictorias del Catolicismo, no son otra cosa sino dos escuelas diferentes. Los socialistas no parecen arrojados en sus negaciones sino cuando se les compara con los liberales , que en cada afirmacion ven un escollo y en cada negacion un peligro ; su timidez empero salta á los ojos si se les compara con la escuela católica ; solo entonces se echa de ver el arrojamiento con que ella afirma y la timidez con que ellos niegan. ¡Cómo! ¿Os llamais los apóstoles de un nuevo evangelio , y nos hablais del mal y del pecado , de la redencion y de la gracia , cosas todas de que está lleno el antiguo ? ¿Os llamais depositarios de una nueva ciencia política , social y religiosa , y nos hablais de libertad , de igualdad y fraternidad , cosas todas tan viejas como el Catolicismo , que es tan viejo como el mundo ? Aquel que ha afirmado de sí que ensalzaria la humildad y que abatiria el orgullo , cumple en vosotros su palabra. Él os condena á no ser sino torpes comentadores de su inmortal Evangelio , por lo mismo que aspirais con desatentada y loca ambicion á promulgar una nueva ley desde un nuevo Sinaí , ya que no desde un nuevo Calvario.

## LIBRO TERCERO.

### PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVAS AL ÓRDEN EN LA HUMANIDAD.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### TRASMISION DE LA CULPA , DOGMA DE LA IMPUTACION.

Con el pecado del primer hombre se explica suficientemente aquel gran desorden y aquella formidable confusion que padecieron las cosas á poco de creadas, cuya confusion y cuyo desorden se convirtieron , como vimos , sin dejar de ser lo que eran , en elementos de un orden mas excelente y de una mas grande armonía , por aquella virtud secreta é incommunicable que está en Dios, de sacar el orden del desorden , de la confusion el concierto , y el bien del mal , por un acto simplicísimo de su voluntad soberana. Lo que aquel pecado por sí solo no alcanza á explicar , es la perpetuidad y constancia de aquella primitiva confusion , la cual subsiste todavia en todas las cosas , y señaladamente en el hombre. Para explicar cumplidamente la subsistencia de los efectos es necesario suponer la subsistencia de la causa , y para explicar la

subsistencia de la causa es forzoso suponer la trasmision perpétua de la culpa.

El dogma de la trasmision del pecado con todas sus consecuencias es uno de los misterios mas temerosos, mas incomprensibles y oscuros entre cuantos nos han sido enseñados por revelacion divina. Esa sentencia de condenacion, dada en cabeza de Adan contra todas las generaciones de los hombres, así las que han sido, como los que son ahora presentes y las que serán en lo venidero hasta la consumacion de los tiempos, no se compone bien á primera vista, en el entendimiento humano, con la justicia de Dios, y mucho menos con su inagotable misericordia. Cualquiera diría, al considerarla de golpe y por primera vez, que es un dogma sacado de aquellas religiones inexorables y sombrías del Oriente, cuyos ídolos no tienen oídos sino para escuchar lamentos, ni ojos sino para ver la sangre, ni voz sino para lanzar anatemas y para pedir venganzas. El Dios vivo en la actitud de revelarnos ese dogma tremendo, mas bien que como el Dios manso y clemente de los cristianos, se nos muestra como el Moloch de los pueblos idólatras, crecido en grandeza y en barbárie, el cual no contentándose ya con carnes tiernas para aplacar su hambre devoradora, va sepultando unas despues de otras en las cavernas de su vientre las generaciones humanas.—¿Por qué somos penadas, dicen todas las gentes, convertidas á Dios, sino fuimos culpables?

Entrando de lleno y derechamente en las entrañas de la cuestion, no será empresa árdua demostrar la altísima conveniencia de este profundo misterio. Ante todo debemos observar que los mismos que niegan la trasmision como dogma revelado, están obligados á reconocer que, aun considerado este negocio haciendo abstraccion completa de lo que tenemos por fé, se va siempre á parar al mismo término por diferentes caminos. Demos por sentado que el pecado y la pena, siendo personales de suyo, son de suyo intrasmisibles; y despues de hecha esta concesion, todavía demostraremos con evidencia que con ella como sin ella queda en pié lo que se nos enseña por el dogma.

En efecto; de cualquiera manera que se considere este negocio, siempre resultará que el pecado puede producir en el que le comete tales estragos y tan grandes mudanzas, que sean poderosas para alterar física y moralmente su constitucion primitiva: cuando esto sucede, el hombre, que trasmite todo lo que tiene constitucionalmente, trasmite á sus hijos por la generacion sus condiciones constitucionales. Cuando una gran explosion de ira produce una enfermedad en el airado, cuando esa enfermedad que en él produce es constitucional y orgánica, es cosa sencilla y natural que trasmita á sus hijos por via de generacion el mal constitucional y orgánico que padece. Ese mal constitucional y orgánico se reduce, considerándole bajo su aspecto físico, á una enfermedad verdadera; y considerándole bajo su punto de vista moral, á una predisposicion de la carne á sojuzgar al espíritu, con aquella misma pasion que cuando fué actual produjo aquellos grandes estragos. Que la prevaricacion de Adan, siendo la mayor de todas las prevaricaciones posibles, debió alterar y alteró de una manera radical su constitucion moral y física, es una cosa puesta fuera de toda duda: y siéndolo, es cosa clara que debió trasmitirnos con la sangre el estrago de la culpa y la predisposicion á cometerla actualmente.

Síguese de lo dicho que en realidad nada adelantan los que niegan el dogma de la trasmision del pecado, si no niegan al mismo tiempo lo que no pueden negar sin insensatez evidente y sin evidente locura, á saber: que la culpa, cuando es grande, deja un rastro en la constitucion y en el organismo del hombre, y que ese rastro orgánico y constitucional se trasmite de unas generaciones en otras, viciándolas todas en lo que tienen de constitucional y de orgánico.

Ni adelantan mas en ese terreno los que, negando la trasmisibilidad del pecado, niegan el dogma de la imputacion, ó la trasmision de la pena; como quiera que aquello mismo que en calidad de pena apartan de sí, se les viene encima con otro nombre, con el nombre de desgracia. Demos por sentado que las desventuras que padecemos no son una pena, la cual lleva consigo la idea de

una infraccion voluntaria por parte del que la recibe, y de una determinacion voluntaria por parte del que la impone: siempre resultará de aquí, que en todas las suposiciones son igualmente inevitables y ciertas nuestras grandes desventuras: los que no las confiesan como consecuencia legítima del pecado, se ven obligados á confesarlas como una consecuencia natural de las relaciones necesarias que tienen entre sí las causas y sus efectos. Por este sistema, la corrupcion radical de su naturaleza fué una pena en nuestros primeros padres, voluntariamente pecadores. Su desobediencia voluntaria mereció la pena de la corrupcion que les fué impuesta por un Juez incorruptible. Esa misma corrupcion es en nosotros una desgracia, como quiera que no se nos impone como pena, sino que nos viene en calidad de herederos de una naturaleza radicalmente corrompida. Y esa desgracia es tan lamentable, que el mismo Dios no podría decretar nuestra exencion sin alterar la ley de la causalidad que está en las cosas, por medio de un portentoso milagro. Ese milagro se obró en la plenitud de los tiempos por una manera tan conveniente y tan alta, por caminos tan secretos, por medios tan sobrenaturales y por consejo tan sublime, que la obra inenarrable de Dios habia de ser para los unos escándalo, y para los otros locura.

La trasmision de las consecuencias del pecado se explica por sí misma sin ningun género de contradiccion ni de violencia. Nació el primer hombre adornado de inestimables privilegios: su carne estaba sujeta á su voluntad, su voluntad á su entendimiento, que recibia su luz del entendimiento divino. Si nuestros primeros padres hubieran procreado antes de pecar, sus hijos hubieran participado, por via de generacion, de su naturaleza incorrupta. Para que las cosas no hubieran sucedido de esta manera, hubiera sido necesario un milagro por parte de Dios: como quiera que aquella trasmision no hubiera podido impedirse sin mudar aquella ley en virtud de la cual cada sér trasmite lo que tiene, en otra por cuya virtud su sér no pudiera transmitir sino aquello precisamente que le falta. Caidos en mísera rebeldía nuestros primeros padres, fuéron justamente despojados de todos sus privilegios: su union es-

piritual con Dios se trocó en apartamiento de ese mismo Dios con quien estaban unidos. Su sabiduría se convirtió en ignorancia, todo su poder fué flaqueza. Por lo que hace á la justicia original y á la gracia en que nacieron, les fuéron quitadas del todo, quedando enteramente desnudos. Su carne se rebeló contra su voluntad, su voluntad contra su entendimiento, su entendimiento contra su voluntad, su voluntad contra su carne; y su carne, su voluntad y su entendimiento contra aquel Dios magnificentísimo que habia puesto en ellos tan grandes magnificencias. En este estado, es cosa clara que el padre no pudo trasmir por generacion sino aquello que tenia, y que el hijo habia de nacer ignorante de ignorante, flaco de flaco, corrompido de corrompido, apartado de Dios de apartado de Dios, enfermo de enfermo, mortal de mortal, rebelde de rebelde. Para que hubiera nacido sábio de ignorante, fuerte de flaco, unido á Dios de apartado de Dios, sano de enfermo, inmortal de mortal, sumiso de rebelde, hubiera sido forzoso cambiar la ley en virtud de la cual lo semejante engendra su semejante, en otra por virtud de la cual lo contrario engendrara á su contrario.

Por lo dicho se ve que la razon natural va á parar, aunque por distintos caminos, al mismo término que el dogma. Entre el uno y la otra hay diferencias especulativas, no hay diferencias prácticas; para medir la distancia inmensa que hay entre la explicacion natural y la sobrenatural del hecho que vamos consignando, es de todo punto necesario tender la vista mas allá de ese hecho; entonces es cuando se advierte la esterilidad de la explicacion humana y la fecundidad portentosa de la explicacion divina. Esta fecundidad resplandecerá mas adelante con el resplandor de la evidencia; por ahora lo que cumple á mi propósito es exponer y demostrar el dogma de la trasmision, el cual, sin invalidar lo que en la explicacion natural del hecho de la trasmision hay de verdadero, rectifica lo que hay en ella de incompleto y de falso.

La razon natural llama desgracia á lo que se nos trasmite. El dogma lo llama con tres nombres, culpa, pena y desgracia: es desgracia por lo que tiene de inevitable; es pena, por lo que tiene de

voluntario por parte de Dios; es culpa por lo que en ello hay de voluntario por parte del hombre. La maravilla está en que siendo una verdadera desgracia, de tal manera lo es, que se convierte en ventura; que siendo verdaderamente pena, de tal manera es pena, que también es medicina; y que siendo una verdadera culpa, de tal manera lo es, que es una culpa dichosa. En este gran designio de Dios resplandece, si cabe, más que en sus otros designios, aquella virtud soberana con que concilia lo que parece inconciliable, y por medio de la cual resuelve en una síntesis magnífica todas las antinomias y todas las contradicciones.

Por lo relativo á la culpa, toda la cuestión está en este árduo problema: ¿Cómo puedo ser pecador cuando no pecho? ¿Cómo pecho siendo niño?

Para resolverle conviene observar que nuestro primer padre fué á un tiempo mismo un individuo y una especie, un hombre y la especie humana, la variedad y la unidad juntas en uno; y como es ley fundamental y primitiva que la variedad que está en la unidad salga de la unidad en que está para constituirse por separado, salvo á volver en su última evolución á la unidad en donde originariamente reside, de aquí fué que la especie que estaba en Adán, salió de Adán por la generación para constituirse separadamente. Empero como Adán al propio tiempo que era individuo era especie, resultó necesariamente de aquí que Adán estuvo en la especie, de la misma manera que estuvo en el individuo. Cuando el individuo y la especie fueron una misma cosa, Adán fué esa cosa misma; cuando el individuo y la especie se apartaron para constituir la unidad y la variedad, Adán fué esas dos cosas separadas, de la misma manera que había sido antes esas dos cosas mismas juntas en uno. Hubo, pues, un Adán individuo y otro Adán especie; y como el pecado fué antes de la separación, y como Adán pecó juntamente con su naturaleza individual y con su naturaleza colectiva, resultó de aquí que así el uno como el otro fueron ambos pecadores. Ahora bien: si el Adán individual murió, el Adán colectivo no ha muerto; y no habiendo muerto, conserva su pecado. Como el Adán colectivo y la naturaleza humana son una cosa misma, la naturaleza

humana es perpétuamente culpable, porque es perpétuamente pecadora.

Aplicando estos principios al caso en cuestión, se ve claro que estando la naturaleza humana en cada individuo, Adán, que es esa misma naturaleza, vive perpétuamente en cada hombre, y vive en él con lo que constituye su vida, es decir, con su pecado. Ahora se comprenderá más fácilmente de qué manera puede existir el pecado en el niño que nace. Cuando nazco, soy pecador á pesar de ser niño, porque soy Adán; lo soy, no porque pecho, sino porque pequé actualmente cuando me llamaba Adán y era adulto, antes de tener el nombre que tengo y de ser niño. Cuando Adán salió de las manos de Dios, yo estaba en él, y él está en mí ahora que salgo del vientre de mi madre. No pudiendo separarme de su persona, no puedo separarme de su pecado, y sin embargo no soy Adán de tal manera que me confunda con él de una manera absoluta. Hay algo en mí que no es él, algo por lo que me distingo de él, algo que constituye mi unidad individual y que me distingue aun de aquello á que soy más semejante; y eso que me constituye variedad individual relativamente á la unidad común, es lo que he recibido y tengo del padre que me engendró y de la madre que me tuvo en sus entrañas. Ellos no me han dado la naturaleza humana, que me viene de Dios por Adán, pero han puesto en ella el sello de la familia y han estampado en ella su figura; no me han dado el ser, sino la manera en que soy, poniendo lo menos en lo más, es decir, aquello por lo que me distingo de los otros, en aquello por lo que me asemejo á los demás; lo particular en lo común, lo individual en lo humano; y como quiera que eso que tiene de humano y que le asemeja á los otros es lo esencial en el hombre, y que lo que tiene de individual y de distinto no es más que un accidente, síguese de aquí que teniendo de Dios por Adán lo que constituye su esencia, y de Dios por su padre lo que constituye su forma, no hay hombre ninguno que, considerado en su conjunto, no se asemeje más á Adán que á su propio padre.

Por lo relativo á la pena, la cuestión está resuelta por sí misma desde el momento en que se dá por cosa averiguada que se me tras-

mite la culpa; como quiera que la una no puede concebirse sin la otra. Justo es que sea penado, si es cierto que soy culpable; y como en estas materias es necesario lo que es justo, siguese de aquí que la desgracia que padezco, sin dejar de ser desgracia, es necesariamente una pena. La pena y la desgracia, que son cosas diferentes bajo el punto de vista humano, son cosas idénticas bajo el punto de vista divino. El hombre llama desgracia al mal producido en calidad de efecto inevitable de una causa segunda, y pena al mal que un sér libre impone voluntariamente á otro en castigo de una falta voluntaria; y como quiera que todo lo que sucede necesariamente, sucede por la voluntad de Dios, al mismo tiempo que todo lo que sucede por su voluntad, sucede necesariamente; (1) siguese de aquí que Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario, que siendo cosas diferentes para el hombre, son en él una cosa misma. Véase cómo bajo el punto de vista divino toda desgracia es siempre una pena, y toda pena una desgracia.

Por lo que digimos antes, se vé cuán grande es el error de aquellos que sin maravillarse de las misteriosas analogías y de las afinidades secretas que pone Dios entre los padres y sus hijos, se maravillan de esas mismas afinidades y de esas analogías misteriosas puestas por Dios entre el rebelde Adan y sus míseros descendientes. No hay entendimiento que entienda, ni razon que alcance, ni imaginacion que imagine lo fuerte del vínculo y lo estrecho de la lazada puesta por el mismo Dios entre todos los hombres y ese hombre único, á un tiempo mismo unidad y coleccion, singular y plural, individuo y especie, que muere y que sobrevive, que es real y simbólico, figura y esencia, cuerpo y sombra; que nos tuvo á todos en sí y que está en todos nosotros: pavorosa esfinge que bajo cada nuevo punto de vista ofrece un nuevo misterio. Y así como el hombre no puede alcanzar ni con su razon, ni con su imaginacion, ni con su entendimiento lo que hay en su naturaleza de singularmente complejo y de misteriosamente oscuro, no puede tampoco alcanzar, aunque ponga en juego todas las potencias de

(1) El autor habla aquí de todo lo que no es el mal moral.

su alma, la distancia inmensa que hay entre nuestros pecados y el pecado de aquel hombre, único como él por su profundísima málícia y por su grandeza incomparable. Despues de Adan nadie ha pecado como Adan, y nadie pecará como él en toda la prolongacion de los tiempos. Participando el pecado de la naturaleza del pecador, fué uno y vario á un tiempo mismo; porque fué un solo pecado en realidad y todos los pecados en potencia; con él puso Adan mancha en lo que ya no puede ponerla ningun hombre, en el puro albor de su inocencia purísima: poniendo unos pecados sobre otros, los que pecamos ahora no hacemos otra cosa sino poner manchas sobre manchas; solo á Adan le fué dado oscurecer el ampo de la nieve: con ser nuestra naturaleza dañada un grave mal, y nuestros pecados un mal mas grande, no carece ese compuesto de cierta belleza de relacion, que nace de aquella armonía secreta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo, se templa en algun modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de armónico y concertado. Esta, sin duda, debe de ser la razon de por qué la fealdad física parece que disminuye siempre con los años: la vejez no es cosa que sienta mal á la fealdad, como la fealdad pierde lo que tiene de repugnante cuando se armoniza con las arrugas. Nada por el contrario es mas triste de ver, y nada mas horrible de imaginar, que la vejez puesta en la cara de un ángel, ó la fealdad junta con la primavera de la vida. Las mujeres que habiendo sido hermosas conservan siendo viejas rastro de lo que fueron, me han parecido siempre horribles; hay algo en mí que me da voces y me dice: ¿Quién ha sido el gran culpable que juntó por primera vez las cosas que hizo Dios para que estuvieran separadas? No: Dios no ha hecho la hermosura para la vejez, ni la vejez para la hermosura. Luzbel es el único entre los ángeles, y Adan entre los hombres, que juntaron todo lo que hay de decrepito y de feo, con todo lo que habia de resplandeciente y hermoso.